

contristó fue ver la dureza de los corazones de los hombres, que despreciarían, después de su redención, las gracias que había venido a derramar sobre la tierra, que fue lo que expresó tiempo atrás por boca de David, en las citadas palabras así entendidas por los Santos Padres. Explica San Isidoro que el *descender a la cárcava* significa bajar a tomar la naturaleza humana, tan corrompida por vicios y pecados. Padre mío (parece decir el Verbo divino), voy a revestirme de carne humana, y luego a derramar toda mi sangre por los hombres; pero *¿qué logro hay en mi sangre?* La mayoría de los hombres no harán caso de esta mi sangre y seguirán ofendiéndome, cual si nada hubiese hecho por su amor.

Esta pena fue el cáliz amargo que Jesucristo pidió a su Eterno Padre apartara de sí: *Pase de mí este cáliz* (Mt. 26, 39). ¿Qué cáliz? Ver tan despreciado su amor. Esto le hizo aún clamar sobre la cruz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* (Jbid. 27, 46) Reveló el Señor a Santa Catalina de Siena que el abandono de que entonces se quejó era ver que el Padre permitiría que su pasión y su amor fuesen despreciados por tantos hombres por quienes moría.

Y esta misma pena atormentaba a Jesús Niño en el seno de María, el ver desde entonces tantos dolores, ignominias, sangre derramada y una muerte tan cruel e infame, por una parte, y por otra ver tan insignificante fruto. Preveía ya desde entonces el santo Niño lo que decía el Apóstol, que muchos, y aun la mayoría de los hombres, pisotearían su sangre y despreciarían la gracia que esta sangre les alcanzaba: *El que pisoteó al Hijo de Dios y consideró como profana la sangre de la alianza* (Heb. 10, 29). Pero, si fuimos del número de estos ingratos, no desesperemos. Jesús viene con

su nacimiento a brindar la paz a los hombres de buena voluntad, como lo hizo anunciar por los ángeles: *Y en la tierra, paz a los hombres del (divino) agrado* (Lc. 2, 14). Cambiemos, pues, de voluntad, arrepintiéndonos de nuestros pecados y proponiendo amar a este buen Dios, y así hallaremos la paz, es decir, la amistad de Dios.

Afectos y súplicas

Amabilísimo Jesús mío, ¡cuánto os hice padecer en toda vuestra vida! Vos derramasteis la sangre por mí con tanto dolor y tanto amor, y hasta ahora, ¿qué fruto recabasteis de mí?: desprecios, disgustos y ofensas. Pero, Redentor mío, no quiero contristaros más. Espero que en lo futuro vuestra pasión fructificará en mí con la divina gracia, que ya veo me asiste. Vos padecisteis tanto y moristeis por mí para que os amase. Quiero amaros sobre todo otro bien, y por agradaros estoy presto a sacrificar mil veces la vida. Padre Eterno, no debiera osar presentarme a pedir os el perdón ni la gracia, pero vuestro Hijo me asegura que cualquier gracia que pidiere en su nombre me la concederéis: *Si alguna cosa pidieréis al Padre, os la concederá en nombre mío* (Jn. 16, 23). Os ofrezco, pues, los merecimientos de Jesucristo y en su nombre os pido perdón general de todos mis pecados, la santa perseverancia hasta la muerte y, sobre todo, el don de vuestro santo amor, que me haga vivir siempre en conformidad a vuestra divina voluntad. Por lo que, a mi voluntad respecta, me resuelvo a aceptar mil muertes antes que volver a ofenderos, y a amaros con todo el corazón, haciendo cuanto pudiere por complacerlos. Mas para todo ello os pido y espero la gracia de ejecutarlo.

María, Madre mía, si rogáis por mí, estoy seguro. Rogad, rogad, y no dejéis de rogar para que yo no cambie y sea lo que Dios quiere de mí.

23. POBREZA DE JESÚS AL NACER

Hallaréis al niño... recostado en un pesebre (Lc. 22, 12).

Meditando la santa Iglesia este gran misterio y prodigio de un Dios nacido en un establo, exclama en el éxtasis de la admiración: «¡Qué misterio y pasmosa maravilla que los animales llegaran a ver a Dios nacido y recostado en un pesebre!»

Para contemplar con ternura y amor el nacimiento de Jesús hemos de pedir al Señor nos dé fe vivísima. Si entramos sin fe en la gruta de Belén no experimentaremos más que un afecto de compasión al ver a un niño reducido a tan pobre estado, que, nacido en el corazón del invierno, es colocado en un pesebre, sin fuego y en medio de una fría cueva. Pero si entramos con fe y consideramos el exceso de bondad y de amor de que un Dios haya querido reducirse a comparecer, pequeñito infante, ceñido en lienzos, acostado en paja, llorando, tiritando de frío, sin poderse mover, necesitado de leche para vivir, ¿cómo es posible que no nos sintamos atraídos y suavemente obligados a entregar nuestros afectos a este Dios Niño, reducido a tal estado para hacerse amar?

Dice San Lucas que los pastores, después de visitar a Jesús en el establo, *tornaron glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que oyeron y vieron*

(Lc. 2, 20). Y, con todo, ¿qué vieron? Sólo a un pobrecito niño tiritando de frío sobre unas pajas; mas, por cuanto estaban iluminados por la fe, reconocieron en aquel niño el exceso del amor divino, e inflamados en este amor iban alabando y glorificando a Dios, considerando que habían tenido la ventura de ver a un Dios anonadado por amor de los hombres.

Afectos y súplicas

¡Dulce y amable Niño!, aunque os veo tan pobre sobre esa paja, os confieso y adoro por mi Señor y Creador. Comprendo quién os redujo a tan miserable estado: el amor que me tuvisteis. Recordando, pues, Jesús mío, la manera como os traté, las injurias que os hice, me maravillo cómo me habéis soportado. ¡Malditos pecados!, ¿qué hicisteis? Amagar el corazón de este mi enamorado Señor. Por favor, querido Salvador mío, por los dolores que sufristeis y por las lágrimas que derramasteis en el establo de Belén, dadme lágrimas, dadme gran dolor que me haga llorar durante toda la vida los disgustos que os causé. Dadme amor a vos, pero tal que compense las ofensas que os hice. Os amo, mi tierno Salvador; os amo, Dios Niño; os amo, amor mío, mi vida, mi todo. Os prometo no amar nada en adelante sino a vos. Ayudadme con vuestra gracia, sin la que nada puedo.

María, esperanza mía, vos alcanzáis cuanto deseáis de este vuestro Hijo; alcanzadme su santo amor. Madre mía, escuchadme.

24. JESÚS, FUENTE DE GRACIAS

Sacaréis aguas con alegrías de las fuentes de salvación (Js. 12, 3).

Considera las cuatro fuentes de gracias que tenemos en Jesucristo, según las vio San Bernardo.

La primera es una fuente de *misericordia*, en la que nos podemos purificar de todas las manchas de nuestros pecados. Esta fuente fue formada para nosotros con las lágrimas y la sangre del Redentor: *Al que nos ama y nos rescató de nuestros pecados con su sangre* (Ap. 1, 5).

La segunda fuente es de *paz* y de *consuelo* en nuestras tribulaciones: *E invócame en el día de la angustia,— yo te libraré y tú me honrarás* (Sal. 2, 15). *Quien tiene sed, venga a mí y beba* (Jn. 7, 37). Quien esté sediento de consuelos aun en esta vida, venga a mí, que yo le contentaré. Quien pruebe las aguas de mi amor desdeñará para siempre todas las delicias del mundo: *Quien bebiere del agua que yo le diere no tendrá sed eternamente* (Jbid. 4, 13). Y se sentirá plenamente satisfecho cuando entre en el reino de los bienaventurados, porque el agua de mi gracia lo elevará de la tierra al cielo: *El agua que yo le daré se hará en él fuente de agua que salte para la vida eterna* (Jbid. 4, 14). La paz con que Dios favorece a las almas que le aman no es la paz que el mundo promete en los placeres de los sentidos, que dejan más amargura que paz. La paz que da Dios sobrepuja a los deleites de los sentidos: *Y la paz de Dios, la que sobrepuja toda inteligencia* (Fil. 4, 7). ¡Dichosos quienes deseen esta divina fuente!: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia* (Mt. 5, 6).

La tercera es fuente de *devoción*. ¡Oh, y cómo se hace piadoso y pronto a obedecer la voz de Dios, y crece siempre en virtud quien a menudo medita cuanto hizo Jesucristo por nuestro amor! *Y es cual árbol plantado junto a las corrientes de las aguas* (Sal. 1, 3).

La cuarta es fuente de *amor*: *En mi meditación se encendió un fuego* (Sal. 38, 4). Quien medita los padecimientos e ignominias que Jesucristo padeció por nuestro amor, no es posible que deje de sentirse inflamado en aquel dichoso fuego que vino a encender a la tierra.

Así se verifica cumplidamente que quien se aprovecha de estas dichosas fuentes que tenemos en Jesucristo sacará siempre de ellas aguas de alegría y de salvación: *Sacaréis aguas con alegría de las fuentes de salvación*.

Afectos y súplicas

¡Oh mi dulce y amado Salvador, cuánto os debo, cuánto me obligasteis a amaros haciendo por mí lo que ningún hijo haría por su padre ni criado alguno por su señor! Si vos, pues, me amasteis más que nadie, razón es que yo os ame sobre todos los demás. Quisiera morir de dolor al pensar que padecisteis tanto por mí y aceptasteis, además, por mi amor la muerte más dolorosa que pueda padecer hombre alguno; y ¡yo que tantas veces desprecié vuestra amistad! ¡Cuántas veces, en efecto, me perdonasteis y yo volví a ofenderos! Pero vuestros merecimientos son mi esperanza. Ahora estimo más vuestra gracia que todos los reinos de la tierra. Os amo, y por vuestro amor acepto toda clase de penas y de muertes. Y si no soy digno de morir a manos de verdugos por gloria vuestra, acepto,

al menos, voluntariamente la muerte que me deparéis, y la aceptó en el modo y tiempo que dispongáis.

Madre mía, María, alcanzadme vivir y morir siempre en el amor a Jesús.

25. JESÚS, CARITATIVO MÉDICO DE NUESTRAS ALMAS

Y brillará para vosotros... el Sol de justicia, que llevará en sus alas la curación (Mal. 4, 2).

Vendrá vuestro médico, dice el profeta, a sanar los enfermos, y vendrá veloz, cual ave que vuela y cual sol que al salir por el horizonte extiende sus rayos hasta el otro polo. Pero vedle ya aquí, que ha venido. Consolémonos y agradezcámoselo. Dice San Agustín que este médico celestial bajó hasta el lecho del enfermo, es decir, que vino a tomar nuestra carne, puesto que los cuerpos son el lecho de las almas enfermas. Los otros médicos, por mucho que amen a los enfermos, se afanan cuanto pueden por curarlos; pero ¿cuál será el médico que para curar al enfermo cargue su enfermedad sobre sí? Jesucristo solo fue el médico que cargó con nuestras enfermedades para curarlas. No quiso mandar a otro, sino que quiso venir El mismo a desempeñar tan piadoso oficio para conquistarse nuestro amor: *Mas nuestros sufrimientos El los ha llevado, nuestros dolores El los cargó sobre sí* (Is. 53, 4). Qui-so con su misma sangre curar nuestras llagas y con su muerte librarnos de la muerte eterna de que éramos deudores. En suma, quiso tomar la amarga medicina de una vida pletórica de penalidades y de una muerte

acerba, para alcanzarnos la vida y librarnos de todo mal. *El cáliz que me ha dado el Padre, ¿no lo he de beber?* (Jn. 18, 11), dijo a San Pedro.

Fue, pues, necesario que Jesucristo abrazase tantas ignominias para sanar nuestra soberbia; que abrazase vida tan pobre para sanar nuestra codicia; que abrazase un mar de penas hasta morir de puro dolor para sanar nuestra avidez de placeres sensuales.

Afectos y súplicas

Sea siempre loada y bendecida vuestra caridad, Redentor mío. Y ¿qué sería de mi alma, tan enferma y afligida de tantas llagas como me causaron mis culpas, si no os tuviese a vos, Jesús mío, que podéis y queréis sanarme? ¡Oh sangre de mi Salvador, en vos confío: lavadme y sanadme. Me arrepiento, amor mío, de haberos ofendido. Para demostrarme el amor que me tenéis, vivisteis vida tan atribulada y abrazasteis tan amarga muerte. También yo quisiera demostraros mi amor, mas ¿qué puedo hacer yo, miserable y débil enfermo? ¡Oh Dios del alma mía, vos sois omnipotente y podéis curarme y santificarme! Encended en mí gran deseo de agradaros. Renuncio a todas mis satisfacciones para complaceros, Redentor mío, que merecéis ser complacido a toda costa. ¡Oh sumo Bien!, os estimo y amo sobre todo otro bien; haced que os ame de todo corazón y os pida siempre vuestro santo amor. En lo pasado os ofendí y no os amé por no haber solicitado vuestro amor, como ahora lo busco y os pido la gracia de buscarlo siempre; escuchadme, por los méritos de vuestra pasión.

María, Madre mía, siempre estáis presta a escuchar a quien os pide y amáis a quien os ama. Os amo, Reina mía; alcanzadme la gracia de amar a Dios, y nada más os pido.

26. QUE TODO LO HABEMOS DE ESPERAR POR LOS MÉRITOS DE JESUCRISTO

A su propio Hijo no perdonó, antes por nosotros todos le entregó (Rm. 8, 32).

Considera que, habiéndonos dado el Eterno Padre a su mismo Hijo por Mediador, por Abogado ante El y por Víctima en satisfacción de nuestros pecados, no podemos ya temer ser desatendidos por Dios, fuese cual fuese la gracia que le pidiéramos con el apoyo de tal Redentor. *¿Cómo no juntamente con El nos dará de gracia todas las cosas?* (Rm. 8, 32).

¿Qué cosa nos negará un Dios que no nos negó a su Hijo? Ninguna oración nuestra merece ser ni escuchada ni atendida por el Señor, porque no merecemos gracia, sino castigo por nuestros pecados; pero bien merece ser oído Jesucristo, que intercede por nosotros, ofreciendo todos los sufrimientos de su vida, su sangre y su muerte. El Padre nada puede negar a Hijo tan amado que le brinda un precio de infinito valor. Es inocente, y cuanto paga a la divina justicia es para satisfacción de nuestras deudas, y su satisfacción es infinitamente mayor que todos los pecados de los hombres. No sería justo que pereciese un pecador que se arrepiente de sus culpas y ofrece a Dios los méritos de Jesucristo, que satisfizo por él sobreabundantemente. Agradecemoslo a Dios y esperémoslo todo por los méritos de Jesucristo.

Afectos y súplicas

No, Dios mío y Padre mío, no puedo ya desconfiar de vuestra misericordia; no puedo temer que me ne-

guéis el perdón de cuantas ofensas os hice y que me neguéis las gracias necesarias para salvarme, cuando me disteis a vuestro Hijo para que os lo ofreciera por mí. Precisamente para perdonarme y hacerme merecedor de vuestras gracias me disteis a Jesucristo y me mandasteis os lo ofreciera y esperase, por sus merecimientos, la salvación que me habíais de conceder. Sí, Dios mío, quiero obedeceros, y os lo agradezco. Os ofrezco los méritos de este Hijo y por ellos espero la gracia que repare mi debilidad y todos los daños que me acarree con mis pecados. Me arrepiento, Bondad infinita, de haberos ofendido; os amo sobre todas las cosas y de hoy en adelante os prometo no amar sino a vos. Pero de nada valdrá esta mi promesa si no me ayudáis. Por amor de Jesucristo, dadme la santa perseverancia y vuestro amor; dadme luz y fuerza para cumplir vuestra santa voluntad. Fiado, pues, en los méritos de Jesucristo, espero que me oiréis.

María, Madre y esperanza mía, también os suplico, por amor de Jesucristo, que me alcancéis esta gracia. Madre mía, escuchadme.

27. DIOS NOS DIO A SU UNIGÉNITO POR SALVADOR

Te he constituido en luz de los gentiles, para que mi salvación llegue hasta el fin de la tierra (Is. 49, 6).

Consideremos cómo el Eterno Padre dijo al Niño Jesús en el instante de su concepción estas palabras: Hijo, yo te he dado al mundo como luz y vida de las gentes, para que procures su salvación, que estimo

tanto como si fuese la mía. Es necesario, pues, que te emplee completamente en beneficio de los hombres. «Dado completamente a ellos y entregado por completo a sus menesteres». Es necesario que al nacer padezcas extremada pobreza, para que el hombre se enriquezca, es necesario que seas vendido como esclavo, para que el hombre sea libre; es necesario que, como esclavo, seas azotado y crucificado, para satisfacer a mi justicia la pena debida por el hombre; es necesario que sacrifiques sangre y vida, para librar al hombre de la muerte eterna. Sábete, en suma, que ya no eres tuyo, sino del hombre. *Pues un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado* (Is. 9, 6). Así, querido Hijo mío, viendo que le doy por completo a ti, Hijo mío unigénito, y que ya no me resta más que darle.

Así amó Dios (¡oh amor infinito, digno solamente de un Dios infinito), *así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito* (Jn. 3, 16). El niño Jesús no se contristó a esta propuesta, sino que se complació en ella, aceptándola con amor y regocijo: *Salta cual gigante a correr la ruta* (Gal. 18, 6). Y desde el primero momento de su encarnación se entregó por completo al hombre, y abrazó con gusto todos los dolores e ignominias que había de sufrir en la tierra por amor de los hombres. Estos fueron, expone San Bernardo, los montes y collados que había de atravesar Jesucristo con tanto apresuramiento para salvar a los hombres: *Helo aquí que viene saltando por las montañas, brincando por las colinas* (Cant. 2, 8).

Piensa aquí cómo el divino Padre, enviando a su Hijo para ser nuestro Redentor y sellar la paz entre El y los hombres, se obligó en cierto modo a perdonarnos y amarnos, por razón del pacto que hizo de recibarnos en su gracia, puesto que el Hijo satisfacía por

nosotros a la divina justicia. A su vez, el Verbo divino, habiendo aceptado la comisión del Padre, el cual (enviándolo a redimirnos) nos lo daba, se obligó también a amarnos, no ya por nuestros méritos, mas para cumplir la piadosa voluntad del Padre.

Afectos y súplicas

Amado Jesús mío, si es verdad, como dice la ley, que el dominio se adquiere con la donación, vos sois mío, por haberos vuestro Padre entregado a mí: por mí nacisteis y por mí os habéis dado. Por eso puedo con razón exclamar: Dios mío y mi todo. Y ya sois mío, mías son vuestras cosas, como me lo afirma vuestro Apóstol: *¿Cómo no juntamente con El nos dará de gracia todas las cosas?* (Rm. 8, 32). Mía es vuestra sangre, míos vuestros méritos, mía vuestra gracia, mío vuestro paraíso. Y si sois mío, ¿quién podrá nunca separaros de mí? Nadie podrá quitarme a Dios, exclamaba jubiloso San Antonio Abad. Así quiero yo exclamar en adelante. Tan sólo por culpa mía puedo perderos y separarme de vos; pero Jesús mío, si en lo pasado os dejé y perdí, ahora me arrepiento con toda el alma y me resuelvo a perderlo todo, aun la vida, antes que perderos a vos, bien infinito y único amor de mi alma. Os doy gracias, Padre eterno, por haberme dado a vuestro Hijo, y a cambio de habérmelo dado por completo a mí, miserable, y yo me entrego todo a vos. Por amor de este mismo Hijo, aceptadme y estrechadme con los lazos de amor a este mi Redentor, pero estrechadme de manera que pueda también exclamar: *¿Quién nos apartará del amor de Cristo?* (Rm. 8, 35) *¿Qué bien del mundo podrá separarme de mi Jesucristo?* Salvador mío, pues sois todo mío, sa-

bed que yo soy todo vuestro; disponed de mí y de mis cosas como os agradare. ¿Cómo podría negar nada a Dios, que no me negó nada, ni su sangre ni su vida?

María, Madre mía, custodiarme con vuestra protección. No quiero ya pertenecerme más, sino pertenecer por completo a mi Señor. Pensad en hacerme fiel; en vos confío.

28. AFLICCIÓN DEL CORAZÓN DE JESÚS EN EL SENO DE MARÍA

Sacrificio y ofrenda no quisiste: pero me diste un cuerpo a propósito (Heb. 10, 5).

Considera la grande amargura de que debía sentirse afligido y oprimido el corazón del Niño Jesús en el seno de María en aquel primer instante en que el Padre le propuso la serie de desprecios, trabajos y agonías que había de sufrir en su vida para libertar a los hombres de sus miserias: *Cada mañana me despierta el oído...; no me he rebelado...; mi espalda ofrecí a los que golpeaban* (Is. 50, 4-6). Así habló Jesús por boca del profeta. *Cada mañana me despierta el oído*, es decir, desde el primer momento de mi concepción, mi Padre me dio a sentir su voluntad, que yo viviese vida de penas y fuese, finalmente, sacrificado en una cruz; *no me he rebelado; mi espalda ofrecí a los que golpeaban*. Y yo lo acepté todo por vuestra salvación, ¡oh almas!, y desde entonces entregué mi cuerpo a los azotes, clavos y muerte. Pondera que cuanto padeció Jesucristo en su vida y en su pasión, todo le fue puesto ante los ojos desde el seno de su Madre y El todo lo

abrazó con amor; pero, al consentir en esta aceptación y vencer la natural repugnancia de los sentidos, ¡oh Dios, cuánta angustia y opresión no tuvo que sufrir el inocente corazón de Jesús! Sobrado conocía lo que primeramente había de padecer; al estar encerrado nueve meses en aquella cárcel oscura del seno de María; los padecimientos y oprobios del nacimiento en una fría gruta, establo de animales, los treinta años de servidumbre en el taller de un artesano; el considerar que había de ser tratado por los hombres como ignorante, esclavo, seductor y reo de la muerte más infame y dolorosa que se daba a los malvados.

Todo lo aceptó nuestro amable Redentor en todo momento, y en todos los momentos en que lo aceptaba, padecía reunidas todas las penas y abatimientos que había después de padecer hasta su muerte. El mismo conocimiento de su dignidad divina contribuía a que sintiese más las injurias que recibiría de los hombres: *Presente tengo siempre mi ignominia* (Sal. 43, 16). Continuamente tuvo ante los ojos su vergüenza, especialmente la confusión que le acarrearía verse un día desnudo, azotado, colgado de tres garfios de hierro, rindiendo así la vida entre vituperios y maldiciones de quienes se beneficiaban de su muerte: *Hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Fil. 2, 8). Y ¿para qué? Para salvarnos a nosotros, míseros e ingratos pecadores.

Afectos y súplicas

Amado Redentor mío, ¡cuánto os costó, desde que entrasteis en el mundo, sacarme del abismo en que mis pecados me habían sumergido! Para librarme de la esclavitud del demonio, al cual yo mismo me vendí

voluntariamente, aceptasteis ser tratado como el peor de los esclavos; y yo, que esto sabía, tuve la osadía de amargar tantas veces vuestro amabilísimo Corazón, que tanto me amó. Mas, puesto que vos, inocente, aceptasteis, Dios mío, vida y muerte tan penosas, yo acepto por vuestro amor, Jesús mío, todas las penas que me vengan de vuestras manos. Las acepto y abrazo porque proceden de aquellas manos traspasadas un día para librarme del infierno, tantas veces merecido por mí. Vuestro amor, ¡oh Redentor mío!, al ofreceros a padecer tanto por mí, me obliga a aceptar por vos cualquier pena y desprecio. Dadme, Señor, por vuestros méritos, vuestro santo amor, que me torne dulces y amables todos los dolores y todas las ignominias. Os amo sobre todas las cosas, os amo con todo el corazón, os amo más que a mí mismo. Vos en vuestra vida me disteis tantas y tan grandes pruebas de afecto, y yo, ingrato, que viví tantos años en el mundo, ¿qué prueba de amor os he dado? Haced, pues, ¡oh Dios mío!, que en los años que me restaren de vida os dé alguna prueba de mi amor. No me atrevería en el día del juicio a comparecer ante vos, tan pobre como soy ahora y sin hacer nada por amor vuestro; pero ¿qué puedo hacer sin vuestra gracia? Sólo rogaros que me socorráis, y aun esta mi súplica es gracia vuestra. Jesús mío, socorredme por los méritos de vuestras penas y de la sangre que derramasteis por mí.

María Santísima, encomendadme a vuestro Hijo, ya que por mi amor lo llevasteis. Mirad que soy una de aquellas ovejuelas por las que murió vuestro Hijo.

29. JESÚS SE HACE NIÑO PARA CONQUISTARSE NUESTRA CONFIANZA Y NUESTRO AMOR

Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado
(Is. 9, 6).

Considera cómo, después de tantos siglos, después de tantas plegarias y suspiros, vino, nació y se dio todo a nosotros el Mesías, que no fueron dignos de ver los santos patriarcas y profetas; el suspirado de los gentiles, el deseado de los collados eternos, nuestro Salvador: *Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado*. El Hijo de Dios se empequeñeció para hacernos grandes; se dio a nosotros para que nosotros nos diéramos a El; vino a demostrarnos su amor, para que le correspondiésemos con el nuestro. Recibámoslo, pues, con afecto, amémosle y recurramos a El en todas nuestras necesidades. Los niños, dice San Bernardo, fácilmente conceden lo que se les pide. Jesús vino como niño, para demostrarnos que está dispuesto a darnos todos sus bienes. *En el cual se hallan todos los tesoros* (Col. 2, 3). *El Padre... todas las cosas ha entregado en sus manos* (Mt. 11, 27). Si queremos luz, El vino para iluminarnos; si queremos fuerza para resistir a los enemigos, El vino para fortalecernos; si queremos el perdón y la salvación, El vino precisamente para perdonarnos y salvarnos; si queremos, en una palabra, el supremo don del amor divino, El vino para inflamarnos; y por esto, sobre todo, se hizo niño y quiso presentarse a nosotros pobre y humilde, para aparecer más amable, apartar de nosotros todo temor y conquistarse nuestro afecto: «Así debía venir quien quiso desterrar el temor y buscar la caridad», dice San Pedro Crisólogo.

Además, Jesús quiso venir chiquito, para que le amásemos, no sólo con amor apreciativo, sino con amor tierno. Todos los niños saben conquistarse afectuoso cariño de quienes los guardan, y ¿quién no amará con ternura a un Dios viéndolo niño, menesteroso de leche, tiritando de frío, pobre, humillado y abandonado, que llora y que da vagidos sobre la paja de un pesebre? Esto hacía exclamar al enamorado San Francisco: «¡Amemos al Niño de Belén! ¡Amemos al Niño de Belén!»

Almas, venid a amar a un Dios hecho niño y hecho pobre, y que es tan amable que bajó del cielo para entregársenos por completo.

Afectos y súplicas

¡Oh amable Jesús, tan despreciado por mí!, bajasteis del cielo para rescatarnos del infierno y daros por completo a nosotros, y ¿cómo pudimos tantas veces despreciaros y volveros las espaldas? ¡Oh Dios!, los hombres son tan agradecidos con las criaturas, que, si alguien les hace un regalo, si les envía una visita lejana, si les da cualquier prueba de afecto, no se olvidan y se sienten forzados a corresponder. Y, a vuelta de esto, ¡son tan ingratos con vos, que sois su Dios, y tan amable que por su amor no rehusasteis dar sangre y vida! Mas, ¡ay de mí!, que fui peor que los demás, por haber sido más amado y más ingrato, ¡Ah!, si las gracias que me dispensasteis las hubierais dado a un hereje, a un idólatra, se habrían hecho santos, y yo ofendí. Por favor, no os recordéis. Señor, de las injurias que os hice. Dijisteis que, cuando el pecador se arrepiente, os olvidáis de todos los ultrajes recibidos: *Ninguno de los pecados que cometió le será recordado*

(Ez. 18, 22). Si en lo pasado no os amé, en lo futuro no quiero hacer más que amaros. Ya que os disteis completamente a mí, os doy, en cambio, toda mi voluntad; con ella os amo, os amo, os amo y quiero repetir siempre: os amo, os amo. Quiero vivir siempre repitiendo lo mismo y así quiero morir, lanzando el postrer suspiro con estas suaves palabras: *Dios mío, os amo*, para comenzar desde el punto en que entrare en la eternidad con un amor continuo hacia vos, que durará eternamente, sin dejar ya de amaros. Entre tanto, Señor mío, único bien y único amor mío, me propongo anteponer vuestra voluntad a todos mis placeres. Venga todo el mundo y lo rechazo, que no quiero disgustar más a quien merece por parte mía infinito amor. Secundad, Jesús mío, este mi deseo con vuestra gracia.

Reina mía, María, reconozco debidas a vuestra intercesión todas las gracias recibidas de Dios; seguid intercediendo por mí; alcanzadme la perseverancia, vos que sois la Madre de ella.

30. LA PASIÓN DE JESUCRISTO DURÓ TODA SU VIDA

Mi dolor está siempre ante mí (Sal. 37, 18).

Considera cómo en aquel primer instante en que fue creada y unida el alma de Jesucristo a su cuerpecito, en el seno de María, el Eterno Padre intimó al Hijo su voluntad de que muriese por la redención del mundo; y en aquel mismo punto le representó delante toda la escena funesta de las penas que de-

bía sufrir hasta la muerte para redimir a los hombres. Mostróle entonces todos los trabajos, desprecios y pobreza que había de padecer en su vida, tanto en Belén como en Egipto y en Nazaret, y después todos los dolores e ignominias de la pasión, azotes, espinas, clavos y cruz; todos los tedios, tristezas, agonías y abandonos en medio de los que había de terminar su vida en el Calvario.

Abrahán, llevando a su hijo a la muerte, no quiso afligirlo con darle el aviso de ella anticipadamente en el poco tiempo que se precisaba para llegar al monte. Pero el Eterno Padre quiso que su Hijo encarnado, destinado como víctima de nuestros pecados a su justicia, padeciese ya todas las penas a las que después había de sujetarse durante su vida y en su muerte. De ahí que aquella tristeza padecida por Jesús en el Huerto, capaz de quitarle la vida, como El declaró: *Triste en gran manera está mi alma hasta la muerte* (Mt. 26, 38), la padeciera continuamente desde el primer momento en que estuvo en el seno de su Madre. Así que desde entonces sintió vivamente y sufrió el peso reunido de todos los dolores y vituperios que le esperaban.

La vida entera y todos los años de nuestro Redentor fueron años y vida de penalidades y de lágrimas: *Que en el dolor mi vida se marchita — y en sollozos mis años* (Sal. 30, 11). Su divino corazón no tuvo un momento libre de padecimientos: ya vigilara o durmiese, trabajara o descansase, rezara o hablase, siempre tenía ante la vista esta amarga representación, que atormentaba más a su santísima alma que atormentaron a los santos mártires todas sus penas. Estos padecieron, pero, ayudados de la divina gracia, padecieron con alegría y fervor. Jesucristo padeció, pero pa-

deció siempre con el corazón lleno de tedio y de tristeza, y todo lo aceptó por nuestro amor.

Afectos y súplicas

¡Oh dulce, oh amable, oh amante Corazón de Jesús!, ¿conque desde niño estuvisteis amargado y agonizasteis en el seno de María sin consuelo y sin que nadie fuese testigo de vuestra pena ni os consolare compadeciéndoos? Todo esto lo sufristeis, Jesús mío, para satisfacer por la pena y agonía eterna que a mí me tocaba padecer en el infierno por mis pecados. Vos, pues, padecisteis falto de todo alivio para salvarme a mí, después de atreverme a abandonar a Dios y volverle las espaldas, para satisfacer mis gustos miserables. Gracias os doy, Corazón afligido y enamorado de mi Señor. Os agradezco y os compadezco al considerar que padecisteis tanto por los hombres y que éstos tampoco os compadecen. ¡Oh amor divino!, ¡oh ingratitud humana! ¡Oh hombres, oh hombres!, mirad a este corderuelo inocente que agoniza por vosotros para satisfacer a la divina justicia por las injurias que le hicisteis. Mirad cómo ruega e intercede por vosotros ante el Eterno Padre; miradlo y amadlo. ¡Ah Redentor mío, qué pocos son los que piensan en vuestros dolores y en vuestro amor! ¡Oh Dios, cuán pocos son los que os aman! Y ¡desgraciado de mí, que también viví tantos años sin acordarme de vos! Vos padecisteis tanto para que os amase, y no os he amado. Perdonadme, Jesús mío, perdonadme, que quiero enmendarme y quiero amaros. ¡Pobre de mí Señor, si resistiere aún a vuestra gracia y por mi resistencia me condenare! Cuantas misericordias usasteis conmigo, y especialmente vuestra dulce voz, que ahora me in-

vita a amaros, serían mis mayores penas en el infierno. Amado Jesús mío, tened piedad de mí, no permitáis que viva más ingrato a vuestro amor; dadme luz y fuerza para vencerlo todo y para cumplir vuestra voluntad. Escuchadme, os ruego, por los méritos de vuestra pasión. De ésta lo espero todo y de vuestra intercesión, ¡oh María!

Querida Madre mía, socorredme; vos me alcanzasteis cuantas mercedes recibí de Dios; gracias por ello, pero, si no continuáis ayudándome, seré infiel, como lo fui en lo pasado.

31. JESÚS SE OFRECIÓ DESDE EL PRINCIPIO POR NUESTRA SALVACIÓN

Fue maltratado, mas El se doblegó (Is. 53, 7).

El Verbo divino, desde el primer instante que se vio hecho hombre y niño en el seno de María, se ofreció por sí mismo a las penas y a la muerte, por el rescate del mundo. Sabía que todos los sacrificios de los machos cabríos y de los toros ofrecidos a Dios en la antigüedad no habían podido satisfacer por las culpas de los hombres, sino que se necesitaba una persona divina que satisficiera por ellos el precio de su redención. Por lo cual dijo, como nos certifica el Apóstol: *Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me diste un cuerpo a propósito. — Entonces dije: «Heme aquí presente»* (Heb. 10, 5). Padre mío (dijo Jesucristo), todas las víctimas a vos ofrecidas hasta ahora no bastan ni bastarán a satisfacer vuestra justicia; me disteis un cuerpo pasible para que con la efusión de mi sangre

os aplaque y salve a los hombres: *ecce venio*, heme pronto; todo lo acepto y en todo me someto a vuestro querer.

La parte inferior experimentaba, naturalmente, repugnancia y rehusada vivir y morir entre tanta pena y oprobio, pero venció la parte racional, que estaba por completo subordinada a la voluntad del Padre, y aceptó todo, comenzando Jesús a padecer, desde aquel punto, todas las angustias y dolores que sufriría en los años de su vida. Así obró nuestro divino Redentor desde los primeros instantes de su entrada en el mundo.

Y ¿cómo nos hemos portado nosotros con Jesús desde que, llegados al uso de razón, comenzamos a conocer con la luz de la fe los sagrados misterios de la redención? ¿Qué pensamientos, qué designios, qué bien hemos amado? Placeres, pasatiempos, soberbias, venganzas, sensualidad: he ahí los bienes que aprisionaron los afectos de nuestro corazón. Mas, si tenemos fe, mudemos de vida y de amores; amemos a un Dios que tanto padeció por nosotros. Acordémonos de las penas que el Corazón de Jesús padeció por nosotros desde niño, y así no podremos amar más que a este Corazón, que tanto nos ha amado.

Afectos y súplicas

Señor mío, ¿queréis saber cómo me porté con vos en mi vida? Desde que comencé a tener uso de razón empecé a menospreciar vuestra gracia y vuestro amor. Pero mejor que yo lo sabéis vos, y, a pesar de ello, me soportasteis porque aun me queréis mucho. Huía de vos, y vos os acercasteis llamándome. Aquel mismo amor que os hizo bajar del cielo en seguimiento de las

ovejuelas perdidas, hizo que me sufrieseis y no me abandonaseis. Jesús mío, ahora me buscáis y yo os busco. Siento que vuestra gracia me asiste; me asiste con el dolor de los pecados, que aborrezco sobre todo otro mal; me asiste con el gran deseo que tengo de amaros y de daros gusto. Si, Señor mío, os quiero amar y complacer cuanto pueda. Cierto que temo por mi fragilidad y la debilidad contraída a causa de mis pecados, pero mucho mayor es la confianza que vuestra gracia me infunde, haciéndome esperar en vuestros méritos y dándome grande ánimo para exclamar: *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta* (Fil. 4, 13). Si soy débil, vos me daréis fuerza contra mis enemigos; si estoy enfermo, espero que vuestra sangre será mi medicina; si soy pecador, confío en que me santificaréis. Confieso que en lo pasado cooperé a mi ruina, porque dejé de acudir a vos en los peligros. De hoy en adelante, Jesús mío y esperanza mía, a vos quiero recurrir y de vos espero toda ayuda y todo bien. Os amo sobre todas las cosas y nada quiero amar fuera de vos. Ayudadme, por piedad, por el mérito de tantas penas como desde niño sufristeis por mí. Eterno Padre, por amor de Jesucristo aceptad que os ame. Si os enojé, aplacaos al ver las lágrimas del Niño Jesús, que os ruega por mí: *En la faz de tu ungido pon los ojos* (Sal. 83, 10). Yo no merezco gracias, pero las merece este Hijo inocente, que os ofrece una vida de penas para que seáis conmigo misericordioso.

Y vos, María, Madre misericordiosa, no dejéis de interceder por mí; sabéis cuánto confío en vos, y yo bien sé que no abandonáis a quien a vos recurre.

32. JESÚS, PRISIONERO EN EL SENO DE MARÍA

Contado soy con los que al hoyo bajan, — cual de heridos que yacen en la tumba (Sal. 87, 5).

Considera la vida penosa por que pasó Jesucristo en el seno de su Madre, debido a la prisión tan estrecha y oscura de nueve meses. Ciertamente que los otros niños están en el mismo estado, pero no sienten las incomodidades, pues no las conocen. Pero Jesús las conocía bien, ya que, desde el primer instante de su vida, tuvo perfectísimo uso de razón. Tenía sentidos, y no podía valerse de ellos; tenía ojos, y no podía ver; lengua, y no podía hablar; manos, y no las podía extender; pies, y no podía andar; así que, durante los nueve meses que estuvo en el seno de María, estuvo como muerto encerrado en el sepulcro: *Contado soy con los que al hoyo bajan, — cual de heridos que yacen en la tumba* (Sal. 87, 5). Era libre, porque se había hecho voluntariamente prisionero de amor; pero el amor le privaba del uso de la libertad y lo tenía tan estrechado con cadenas, que no podía moverse. ¡Oh gran paciencia del Salvador!, exclama San Ambrosio al pensar en las penas de Jesús mientras estaba en el seno de María. Fue, por consiguiente, para el Redentor el seno de María cárcel voluntaria, porque fue prisión de amor, mas no prisión injusta. Ciertamente que era inocente, pero se había ofrecido a pagar nuestras deudas y satisfacer por nuestros delitos. Con razón, pues, la divina justicia lo tiene así encarcelado, comenzando con esta pena a exigir de El mismo la merecida satisfacción.

Mira a lo que se reduce el Hijo de Dios por amor de los hombres: se priva de su libertad y se encadena para

librarnos de las cadenas del infierno. Mucho, pues, merece ser reconocida con gratitud y amor la gracia de nuestro libertador y fiador, quien, no por obligación, sino sólo por afecto, se ofreció a pagar y pagó nuestras deudas y nuestras penas, dando por ellas su vida divina: *No olvides los favores de quien te dio fuerzas,— pues que ha dado por ti su alma* (Ecli. 29, 20).

Afectos y súplicas

No olvides los favores de quien te dio fianza. Sí, Jesús mío; con razón me advierte el profeta que no me olvide la inmensa gracia que me hicisteis. Yo era deudor y reo, y vos, inocente. Vos, Dios mío, quisisteis satisfacer por mis pecados con vuestras penas y con vuestra muerte. Y después olvidé esta gracia y vuestro amor y me atreví a volveros las espaldas, como si no fuerais mi Señor, y el Señor que me amó tanto. Mas, si en el pasado lo olvidé, no quiero, Redentor mío, olvidarlo en lo futuro. Vuestras penas y vuestra muerte serán mi continuo pensamiento, y ellas me recordarán siempre el amor que me tuvisteis. Maldigo los días en que, olvidado de cuento padecisteis por mí, abusé tan malamente de la libertad que me disteis para amaros y empleé en despreciaros. Esta libertad que me disteis, hoy os la consagro. Libradme, Jesús mío, de la desgracia de verme de nuevo separado de vos y hecho nuevamente esclavo de Lucifer. Encadenad a vuestros pies a esta mi pobre alma, a fin de que no se aparte más de vos. Padre eterno, por la cautividad que el Niño Jesús padeció en el seno de María, libradme de las cadenas del pecado y del infierno.

Y vos, Madre de Dios, socorredme. Lleváis dentro, aprisionado y estrechado, al Hijo de Dios. Pues,

ya, que Jesús es prisionero vuestro, hará cuanto le digáis. Decidle que me perdone y que me haga santo. Ayudadme, Madre mía, por aquella gracia y honor que os hizo Jesucristo de habitar nueve meses en vuestro seno.

33. PENA CAUSADA A JESÚS POR LA INGRATITUD DE LOS HOMBRES

Vino a lo que era suyo, y los suyos no lo recibieron (Jn. 1, 11).

Andaba en estos días de Navidad San Francisco de Asís gimiendo y suspirando por caminos y selvas, con gemidos inconsolables. Preguntado por la causa, respondió: «Y ¿cómo queréis que no llore, viendo que el amor no es amado? Veo un Dios casi fuera de sí por amor de los hombres, y a los hombres tan ingratos con este Dios». Si tanto afligía esta ingratitud de los hombres al corazón de San Francisco, consideremos cuánto más afligiría al Corazón de Jesucristo. Apenas concebido en el seno de María, vio la cruel correspondencia que había de recibir de los hombres. Había venido del cielo a encender el fuego del divino amor, y este solo deseo le había hecho descender a la tierra a sufrir un abismo de penas e ignominias: *Fuego vine a echar sobre la tierra, y ¿qué quiero, si ya prendió?* (Lc. 12, 49) Y después veía el abismo de pecados que cometerían los hombres a pesar de haber sido testigos de tantas pruebas de amor. Esto fue, dice San Bernardino de Siena, lo que hizo padecer infinito dolor. Aun entre nosotros, el verse alguno tratado ingra-

tamente por otro es insufrible dolor, pues, como expone el B.º Simón de Casia, la ingratitud frecuentemente aflige al alma más que cualquier otro dolor al cuerpo. ¿Qué dolor, pues, ocasionaría a Jesús, que era nuestro Dios, ver que, por nuestra ingratitud, sus beneficios y su amor habían de ser pagados con disgustos e injurias? *Mal, en cambio de bien, me devolvieron, — y odio por amor* (Sal. 108, 5). Y hasta aun hoy día parece que va lamentándose Jesucristo: *Fui para mis hermanos extranjero* (Sal. 68, 9), pues ve que no es amado ni conocido de muchos, como si no les hubiera hecho bien alguno ni hubiera padecido nada por su amor.

¡Oh Dios!, y ¿qué caso hacen, aun al presente, tantos cristianos del amor de Jesucristo? Aparecióse en cierta ocasión el Redentor al B.º Enrique Susón a modo de peregrino que andaba mendigando de puerta en puerta quien le hospedara un poquillo, y todos lo despedían con injurias y villanías. ¡Cuántos, por desgracia, hay semejantes a aquellos de quienes habla Job: *Ellos, que decían a Dios: «¡Apártate de nosotros!» — Pues ¿qué podía hacerles Saddy, — ya que El había henchido su casa de ventura?* (Sab. 22, 17) Nosotros, aunque en lo pasado nos hayamos unido a estos ingratos, ¿querremos continuar con nuestra ingratitud en lo futuro? No, que no se merece esto aquel amable niño que vino del cielo a padecer y morir por nosotros para que le amásemos.

Afectos y súplicas

Luego ¿será verdad, Jesús mío, que bajasteis del cielo para haceros amar de mí, que vinisteis a abrazaros con vida trabajosa y muerte de cruz por amor mío y

para que os acogiese en mi corazón, y yo os haya tantas veces arrojado de mí, exclamando: Apártate de mí, Señor, que no te quiero? ¡Oh Dios!, si no fueseis bondad infinita ni hubieseis dado la vida para perdonarme, no me atrevería a pedir os perdón; pero oigo que vos mismo me brindáis la paz: *Volveos a mí, dice Yahveh Sebaot, y yo me volveré a vosotros* (Zac. 1, 3). Vos mismo, Jesús mío, que sois el ofendido por mí, os hacéis mi intercesor: *Y Él es propiciación por nuestros pecados* (1 Jn. 2, 2). No quiero, pues, haceros este nuevo agravio de desconfiar de vuestra misericordia. Me arrepiento con toda el alma de haberos despreciado, ¡oh sumo Bien!; dignaos de recibirme en vuestra gracia por aquella sangre derramada por mí. *Padre..., no soy ya digno de llamarme hijo tuyo*. No, Redentor y Padre mío, no soy digno de ser hijo vuestro, por haber tantas veces renunciado a vuestro amor; mas vos me hacéis digno con vuestros merecimientos. Gracias. Padre mío, gracias; os amo. ¡Ah, que el solo pensamiento de la paciencia con que me sufristeis por tantos años y de las gracias que me dispensasteis, después de todas las injurias que os hice, debiera hacerme vivir siempre ardiendo en las llamas de vuestro amor! Venid, pues, Jesús mío, que no quiero desecharos más; venid a habitar en mi pobre corazón. Os amo y quiero amaros siempre, y vos inflamadme siempre más con el recuerdo del amor que me tuvisteis.

Reina y Madre mía, María, ayudadme, rogad a Jesús por mí; hacedme vivir, en lo que me restare de vida agradecido al Dios que tanto me amó, después de haberle tanto ofendido.

34. AMOR DE DIOS A LOS HOMBRES EN EL NACIMIENTO DE JESÚS

Porque se manifestó la gracia salvadora de Dios a todos los hombres, enseñándonos que vivamos piadosamente en el presente siglo, aguardando la bienaventurada esperanza y manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo (Tit. 2, 12-14).

Considera que por la gracia que aquí se dice manifestada se entiende el entrañable amor de Jesucristo hacia los hombres; que por esto se llama *gracia*. Este amor fue, por parte de Dios, siempre idéntico, si bien no siempre aparentó tal.

Primero fue prometido en tantas profecías y encubierto bajo el velo de tantas figuras, pero en el nacimiento del Redentor se dejó ver a las claras, apareciendo a los hombres el Verbo eterno como niño recostado sobre el heno, gimiendo y temblando de frío, comenzando ya así a satisfacer por nosotros las penas que merecíamos y dándonos a conocer el afecto que nos tenía sacrificando por nosotros la vida: *En esto hemos conocido la caridad, en que Él dio su vida por nosotros* (Jn. 3, 16). Se manifestó, pues, la gracia salvadora de Dios y se manifestó *a todos los hombres*. Pero ¿por qué después no lo conocieron todos y aun hoy día hay tantos que no lo conocen? Porque *la luz ha venido al mundo y amaron los hombres más las tinieblas que la luz* (Jn. 3, 19). No lo conocieron ni lo conocen porque no quieren conocerlo y aman más las tinieblas del pecado que la luz de la gracia. No pertenecemos al número de estos infelices. Si hasta aquí cerramos los ojos a la luz, pensando poco en el amor

de Jesucristo, procuremos, en los días que nos restaren de vida, tener siempre ante los ojos las penas y la muerte de nuestro Redentor, para amar a quien tanto nos amó: *Aguardando la bienaventurada esperanza y manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo* (Tit. 2, 13).

Así podremos confiar fundadamente, según las divinas promesas, en aquel paraíso que Jesucristo nos conquistó con sus sangre. En esta primera aparición viene Jesucristo como niño, pobre y despreciado, manifestándose en la tierra, nacido en un establo, cubierto con pobres lienzos y reclinado en el heno, pero en la segunda aparición vendrá sobre trono de majestad: *Y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poderío y majestad* (Mt. 24, 30). ¡Feliz en aquella hora quien le haya amado, y desgraciado quien no le hubiere amado!

Afectos y súplicas

¡Oh mi santo Niño! Ahora os contemplo sobre esta paja, pobre, afligido y abandonado; pero ya sé que vendréis un día a juzgarme sobre esplendoroso trono, rodeado de ángeles. ¡Ah!, perdonadme antes de que me juzguéis. Entonces os portaréis como justo juez, pero ahora sois Redentor mío y Padre misericordioso. ¡Ingrato de mí, que no os conocí por no querer conoceros, y en vez de pensar en amaros, considerando el amor que me tuvisteis, no pensé más que en satisfacer mis apetitos, despreciando vuestra gracia y vuestro amor! En vuestras manos pongo esta mi alma que había perdido, para que vos la salvéis: *En tus manos mi espíritu encomiendo; — me librarás, Señor, Dios de verdad* (Sal. 30, 6). En vos deposito mis

esperanzas, pues sé que, para rescatarme del infierno, disteis sangre y vida: *Me librarás, Señor, Dios de verdad*. No me hicisteis morir cuando estaba en pecado y me esperasteis con tanta paciencia para que, entrando en mí, me arrepintiese de haberos ofendido, comenzase a amaros y así pudierais perdonarme y salvarme. Sí, Jesús mío, quiero complaceros: me arrepiento sobre todo mal de los disgustos que os he causado; me arrepiento sobre todas las cosas. Salvadme por vuestra misericordia y sea mi salvación amaros siempre en esta vida y en la eternidad.

Amada Madre mía, María, recomendadme a vuestro Hijo; hacedle ver que soy siervo vuestro y que en vos puse mi esperanza, pues Él os oye y no os niega nada.

35. VIAJE DE SAN JOSÉ Y MARÍA SANTÍSIMA A BELÉN

Subió también José..., para inscribirse en el censo con María su esposa, que estaba encinta (Lc. 2, 4).

Había Dios decretado que su Hijo naciese no ya en la casa de José, sino en una gruta, en un establo, del modo más pobre y penoso en que pueda nacer un niño; y para esto dispuso que César Augusto publicase un edicto en que ordenaba que fueran todos a empadronarse en su ciudad originaria. José, al tener noticia de esta orden, entró en dudas sobre si debía dejar o llevar consigo a la Virgen Madre, próxima ya al alumbramiento.— Esposa y Señora mía, le dijo, por una parte no quisiera dejaros sola; pero, si os

llevo conmigo, me aflige la pena de lo mucho que habréis de padecer en este viaje tan prolongado y en tiempo tan riguroso. Mi pobreza no consiente llevaros con la comodidad que se debiera.— María le respondió, infundiéndole ánimos: «José mío, no temas; iré contigo y el Señor nos asistirá». Sobrado sabía, por divina inspiración y hasta porque estaba penetrada de la profecía de Miqueas, que el divino niño había de nacer en Belén, por lo que tomó las fajas y demás pobres pañales, ya preparados, y partió con José: *Subió también José... para inscribirse en el censo con María.* Consideremos aquí las devotas y santas conversaciones que en este viaje tendrían estos dos santos esposos sobre la misericordia, bondad y amor del Verbo divino, que dentro de poco nacería y aparecería para salvación de los hombres. Consideremos también las alabanzas, bendiciones y acciones de gracias, los actos de humildad y amor en que se ejercitarían por el camino estos dos ilustres peregrinos. Cierto que eran muchos los padecimientos de aquella virgencita próxima al parto, en camino tan largo, por sendas impracticables y en tiempo invernal, penas que ofrecía a Dios, uniéndolas con las de Jesús, a quien en su seno llevaba.

¡Ah! Unámonos a María y a José y acompañemos con ellos al Rey del cielo, que va a nacer en una gruta y a hacer su primer entrada en el mundo como niño, el más pobre y abandonado que jamás naciera entre los hombres. Pidamos a Jesús, María y José que, por el mérito de las penas padecidas en este viaje, nos acompañen en el que estamos haciendo hacia la eternidad. ¡Felices de nosotros si acompañásemos y fuésemos acompañados por estos tres ilustres personajes!

Afectos y súplicas

Amado Redentor mío, sé que en este viaje a Belén os acompañan legiones de ángeles del cielo; pero en la tierra, ¿quién os acompaña? Tan sólo José y María, que os lleva dentro de sí. No rehuséis, pues, Jesús mío, que os acompañe también yo, miserable e ingrato en lo pasado, pero que ahora reconozco el agravio que os hice. Vos bajasteis del cielo para ser mi compañero en la tierra, y yo tantas veces os abandoné, ofendiéndoos ingratamente. Cuando pienso, ¡oh Jesús mío!, que tantas veces, por seguir mis malditas inclinaciones, me separé de vos, renunciando a vuestra amistad, quisiera morir de dolor; pero vinisteis a perdonarme; así, pues, perdonadme pronto, que con toda mi alma me arrepiento de haberos tantas veces vuelto las espaldas y abandonado. Propongo y espero con vuestra gracia no dejaros más ni separarme ya de vos, único amor mío. Mi alma se ha enamorado de vos, mi amable Dios niño. Os amo, dulce Salvador mío, y, puesto que vinisteis a la tierra a salvarme y a dispensarme vuestras gracias, esta sola os pido: no permitáis que me tenga que separar más de vos. Unidme, estrechadme, encadenadme con los suaves lazos de vuestro santo amor. ¡Ah, Redentor y Dios mío!, y ¿quién tendrá ya corazón para dejaros y vivir sin vos y privado de vuestra gracia?

María Santísima, vengo a acompañaros en este viaje; no dejéis de asistirme en el que estoy haciendo a la eternidad. Asistidme, siempre, y especialmente cuando me hallare al fin de mi vida, próximo al instante del que depende o estar siempre con vos, para amar a Jesús en el paraíso, o estar siempre lejos de vos, para odiar a Jesús en el infierno. Reina mía, salvadme con vuestra intercesión, y sea la salvación mía amaros a

vos y a Jesús por siempre, en el tiempo y en la eternidad; sois mi esperanza, en vos confío.

36. EL VERBO ETERNO DE DIOS SE HIZO HOMBRE

Fuego vine a echar sobre la tierra, y ¿qué quiero si ya prendió? (Lc. 12, 49).

Celebraban los hebreos una fiesta que llamaban *día del fuego*, en memoria del fuego con que Nehemías consumió la víctima cuando retornó con sus compatriotas de la cautividad de Babilonia. Así también, y con mayoría de razón, debiera llamarse *día de fuego* al día de Navidad, en el que viene un Dios hecho niño a prender el fuego del amor en los corazones de los hombres: *Fuego vine a echar sobre la tierra*, como decía Jesucristo, y así fue en realidad.

Antes de la venida del Mesías, ¿quién amaba a Dios sobre la tierra? Apenas era conocido en un rincón del mundo, es decir, en Judea, y aun allí, ¡cuán pocos eran los que le amaban al venir a la tierra! En el resto del mundo, unos adoraban al sol, otros a los animales, otros a las piedras y otros a las más despreciables criaturas. Pero después de la venida de Jesucristo fue el nombre de Dios conocido por todas partes y amado por muchos hombres, y más amado después de la venida del Redentor, en pocos años, por los hombres abrasados en tan santo fuego, que lo que lo había sido en los cuatro mil desde la creación.

Muchos cristianos suelen preparar en sus casas, en los días que preceden a la Navidad, un nacimiento,

pero ¡cuán pocos son los que piensan en preparar su corazón para que en él pueda nacer y descansar el Jesús niño! Seamos nosotros de este reducido número, para hacernos dignos del incendio de este fuego venturoso que hace felices a las almas en la tierra y bienaventuradas en el cielo.

Consideramos en este día primero que el Verbo eterno se hizo hombre para inflamarnos en su divino amor. Pidamos luz a Jesucristo y a su santísima Madre, y comencemos.

Pecó Adán, nuestro primer padre; ingrato a tantos beneficios recibidos, se rebeló contra Dios, desobedeciendo en no comer del fruto vedado. Dios se vio, por ende, obligado a arrojarlo del paraíso terrenal y a privarlo en lo futuro, tanto a él cuanto a sus descendientes, del paraíso celeste y eterno que les preparara para después de esta vida.

He aquí, pues, condenados a todos los hombres a una vida de penas y miserias y excluidos para siempre del cielo. Pero he aquí también que Dios, acomodándose a nuestro modo de hablar, y según lo narra Isaías, parece exclamar entristecido y afligido: *Y ahora, ¿qué hago yo aquí?, afirma Yahveh. Mi pueblo ha sido arrebatado sin motivo* (Is. 52, 5). Y ahora, dice Dios, ¿qué delicias me quedan en el paraíso, si perdí a los hombres que eran mis delicias? *Y teniendo mis delicias en los hijos de los hombres* (Prov. 8, 31). Pero ¿cómo, Señor, vos, que tenéis en el cielo tantos serafines y tantos ángeles, cómo es posible que os resintáis tan vivamente de la pérdida de los hombres? Y ¿qué necesidad tenéis de los ángeles ni de los hombres para vuestra perfecta felicidad? Siempre fuisteis y sois felicísimo en vos mismo: ¿qué faltará, pues, para vuestra felicidad, que es infinita? Cierto, dice el

Señor por boca del cardenal Hugo, sobre texto de Isaías, pero perdiendo al hombre, pienso haberlo perdido todo, porque cifro mis delicias en estar con los hijos de los hombres y ahora los perdí, y ellos, desgraciados, están condenados a vivir siempre alejados de mí. Y ¿cómo es posible que el Señor nos diga que los hombres son su delicia? Si, escribe Santo Tomás. Dios ama tanto al hombre como si fuese su Dios y como si Él no pudiera ser feliz sin el hombre. Añade San Gregorio Nacianceno que Dios por amor al hombre se diría ha salido fuera de sí, como lo dice el refrán: «El amor saca de sí a los amantes».

Mas no, añade el Señor, no quiero que el hombre se pierda; es preciso que se halle un Redentor que satisfaga a mi justicia por los hombres y así los rescate de las manos de los enemigos y de la muerte eterna que habían merecido. San Bernardo, considerando este misterio, nos presenta como en lucha la justicia y la misericordia divinas. La justicia dice: «Estoy perdida si Adán no es castigado». La misericordia, por el contrario, responde: «Estoy perdida si el hombre no es perdonado». Interviene el Señor en la contienda y decide que para salvar al hombre, reo de muerte, tiene que morir un inocente que no sea deudor de nada. Y, como en la tierra no había ningún inocente, dijo el Eterno Padre: Ya que entre los hombres no hay nadie que pueda satisfacer a mi justicia, ¡ea!, ¿quién se ofrece a redimir al hombre? — Los ángeles, los querubines, los serafines, se callaron, sin atreverse a responder; sólo responde el Verbo eterno y dice: *Heme aquí, envíame a mí*». Padre, le dice el unigénito Hijo, vuestra majestad es infinita y, ofendida por el hombre, no puede ser satisfecha por el ángel, que es pura criatura; además, aun cuando os contentaseis con la satisfac-

ción de un ángel, pensad que, hasta ahora, ni con todas las promesas ni amenazas hemos podido tener su amor, porque no ha conocido todavía hasta dónde llega el amor que le tenemos; si queremos obligarlo infaliblemente a amarnos, ¿qué más bella ocasión podemos hallar que para redimirlo vaya yo, Hijo vuestro, a la tierra, me revista allí de carne humana y, pagando con mi muerte la pena por él debida, satisfaga cumplidamente a vuestra justicia y quede a la vez el hombre bien persuadido de nuestro amor? — Pero piensa, Hijo mío, responde el Padre, piensa que, cargando con el peso de satisfacer por el hombre, tendrás que llevar vida llena de penalidades. — No importa, acude el Hijo: *Heme aquí, envíame a mí.* — Piensa que tendrás que nacer en una gruta que será albergue de animales; que de allí tendrás, aún tierno niño, que huir a Egipto para escapar de las mismas manos de los hombres, que desde niño te buscarán para quitarte la vida. — No importa: *Heme aquí, envíame a mí.* — Piensa que, vuelto a Palestina, tendrás que vivir vida durísima y despreciada, pasando como simple muchacho de un pobre artesano. — No importa: *Heme aquí, envíame a mí.* — Piensa que cuando después salgas a predicar y tengas que manifestar quién eres, habrá, sí, algunos que te sigan, pero pocos, al paso que la mayoría te despreciará, llamándote impostor, hechicero, loco, samaritano, y, finalmente, te perseguirán, hasta el extremo de hacerte morir vergonzosamente sobre un leño infame, a puros tormentos. — No importa: *Heme aquí, envíame a mí.*

No bien fue decretado que el Hijo de Dios se hiciera hombre, para ser Redentor del género humano, enviase al arcángel Gabriel a María y ésta aceptó a Dios por Hijo: *Y el Verbo se hizo carne.* He aquí, pues, a

Jesús en el seno de María, que, entrando en el mundo, exclama en la más profunda humildad y obediencia: Padre mío, ya que los hombres no pueden satisfacer a vuestra justicia con sus obras y sacrificios, por estar ofendida contra ellos, heme aquí, Hijo tuyo, ya vestido de carne humana, que vengo a satisfacerla con mis penas y con mi muerte, en vez de los hombres. *Por lo cual, al entrar en el mundo, dice: Tu ni sacrificio ni ofrendas quisiste, — pero has abierto ambos mis oídos. Pues que ni holocausto ni oblación pedías, — entonces yo dije: «¡Heme aquí que vengo!»; — del libro en el rollo se halla de mí escrito: «Hacer tu querer, me es grato, Dios mío, — y llevo en la entraña metida tu ley»* (Heb. 10, 5).

¿Será, pues, verdad que por nosotros, miserables gusanillos, y para cautivarse nuestro amor, haya querido un Dios hacerse hombre? Sí; es de fe, como lo enseña la santa Iglesia: «Por nosotros y por nuestra salvación descendió de los cielos... y se hizo hombre». Ahí está lo que un Dios hizo para hacerse amar de nosotros. Alejandro Magno, después de vencer a Darío y apoderarse de Persia, para conciliarse el afecto de aquellos pueblos, se vistió al modo de la región persa. Diríase que nuestro Dios quiso hacer lo propio: para conquistarse el efecto de los hombres, se revistió por completo de forma humana y se presentó como hombre: *Hecho a semejanza de los hombres* (Fil. 2, 7), queriendo significar con esto hasta dónde llegaba su amor a los hombres: *Porque se manifestó la gracia salvadora de Dios a todos los hombres* (Tit. 2, 11). El hombre no me ama, parece decir el Señor, porque no me ve; quiero darme a ver de él, conversar con él y así conquistar su amor: *Y, tras esto, se manifestó en la tierra y trató con los hombres* (Bar. 3, 38). El amor de

Dios hacia los hombres era sobrado excesivo, como lo había sido desde toda la eternidad: *Te he amado con amor eterno, por eso te he guardado misericordia* (Jr. 31, 3). Pero este amor no se había presentado aún con toda su incomprensible grandeza, y sólo se manifestó cuando el Hijo de Dios se hizo ver, como tierno niño, en un establo y recostado sobre paja: *Cuando se manifestó la bondad y amor a los hombres de Dios, nuestro Salvador* (Tit. 3, 4). El texto griego habla de la *filantropía divina*. Dice San Bernardo que Dios manifestó el poder en la creación del mundo y la sabiduría en su gobernación, pero que sólo en la encarnación del Verbo apareció cuál fuese su gran misericordia. Antes que Dios se presentase en la tierra hecho hombre, no podíamos llegar a comprender la grandeza de la bondad divina; y por eso tomó carne humana, para que, apareciendo como hombre, se manifestase a los hombres la grandeza de su benignidad. Y ¿de qué mejor medio podía el Señor valerse para demostrar al hombre ingrato la bondad y el amor que le profesa? «El hombre, despreciando a Dios, dice San Fulgencio, se había separado de El para siempre, y como el hombre no podía acercarse a Dios, bajó Dios a encontrarlo en la tierra». Y antes lo había dicho San Agustín. Los hombres se dejan cautivar por el amor, y las manifestaciones de afecto que alguno les manifiesta son a modo de cadenas que le atan y obligan como a la fuerza a amar a quien les ama. Por esto quiso el Verbo eterno hacerse hombre, para atraerse con tal prueba de afecto (la mayor que pudo hallar) el amor de los hombres. Esto parece quiso dar a entender nuestro Salvador a cierto fervoroso religioso franciscano, llamado el P. Francisco de Santiago, según se lee en el diario de la Orden, en el día 15 de diciembre.

Mostrábasele a menudo como hermoso niño; mas, queriéndolo retener consigo el devoto religioso, siempre huía el niño, por lo que siempre se lamentaba el siervo de Dios. Cierta día se le apareció el santo Niño, pero ¿cómo? Se le dejó ver con grillos de oro en las manos, dándole a entender que venía ahora a aprisionarle a él y ser por él aprisionado, para no poder ya más separarse. Enardecido con esto Francisco, puso los grillos a los pies del Niño y lo estrechó con ellos contra el corazón; y, en efecto, desde aquel momento le pareció ver al amado Niño convertido en perpetuo prisionero en la cárcel de su corazón. Lo que hizo Jesús en esta ocasión con su siervo lo hizo también con todos los hombres cuando tomó la naturaleza humana, pues con tal prodigio de amor quiso estar como encadenado por nosotros y atar a la vez consigo nuestros corazones, obligándonos a amarle, conforme lo había ya predicho por Oseas: *Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor* (Os. 2, 4).

Dios, expone San León, había ya colmado a los hombres de beneficios, pero de ningún modo les manifestó mejor el exceso de su bondad que enviándoles al Redentor a enseñarles el camino de la salvación y procurarles la vida de la gracia.

Pregunta Santo Tomás por qué la encarnación del Verbo se llama obra del Espíritu Santo: «Y se encarnó por obra del Espíritu Santo». Cierta que todas las obras de Dios, llamadas por los teólogos obras *ad extra*, son obras de las tres divinas Personas; ¿por qué, pues, se atribuye la encarnación a la sola persona del Espíritu Santo? La principal razón que nos brinda el Angélico es porque todas las obras del amor divino se atribuyen al Espíritu Santo, que es el amor substancial del Padre y del Hijo; y la obra de la encarnación fue com-

pletamente efecto del inmenso amor que Dios tuvo al hombre. Que es lo que da a entender el profeta cuando dice: *Dios viene de Tenán*, expresión que designa, según el abad Ruperto, el grande amor de Dios para con nosotros. También San Agustín dice que el Verbo eterno vino a la tierra a fin de que el hombre conociese cuánto lo amaba Dios. Y San Lorenzo Justiniano añade que la mayor prueba que Dios pudo dar de su amor a los hombres era la de hacerse hombre.

Pero lo que más resalta el amor divino al género humano es que vino el Hijo de Dios a buscarlo cuando el hombre huía de El, como lo expresó el Apóstol: *Porque, en fin, no son los ángeles a quienes alarga la mano, sino el linaje de Abrahán es a quien alarga la mano* (Heb. 2, 16), lo que comenta San Juan Crisóstomo diciendo que no dijo *suscepit* (recibió), sino *apprehendit* (tomó), según la metáfora de los que se siguen y se cogen. Bajó Dios del cielo como para detener al hombre ingrato que huía de El, como si le dijese: Hombre, mira que por tu amor vine de propósito a la tierra, ¿por qué huyes de mí? Detente, ámame; no huyas más de mí, que tanto te amo. Vino, pues, Dios a buscar al hombre perdido y, a fin de que conociese mejor el amor que este Dios le profesaba y se rindiese a amar a quien tanto le amaba, quiso, la primera vez que se le ofreció visible, aparecérselo como tierno niño reclinado sobre pajas. «¡Felices pajas, más hermosas que los lirios y las rosas (exclama San Pedro Crisólogo), ¿qué bendita tierra os produjo? ¡Cuánta fue vuestra ventura en servir de lecho al Rey de los cielos! Sois frías para Jesús porque no sabéis calentarlo en la gruta húmeda en que tiritita de frío, al paso que para nosotros sois fuego y llamas, pues nos abrasáis en incendio de amor que no hay ríos que lo puedan extinguir».

No bastó, dice San Agustín, al divino amor habernos hecho a su imagen al crear al primer hombre, Adán, sino que quiso hacerse a nuestra imagen, al redimirnos. Adán comió la fruta vedada, engañado por la serpiente, que había dicho a Eva que quien gustase aquel fruto sería semejante a Dios, con la conquista de la ciencia del bien y del mal. Por eso dijo el Señor entonces: *Ahí tenéis al hombre vuelto como uno de nosotros* (Gen. 3, 22), y lo dijo el Señor como ironía y para echar a Adán en rostro su audacia; más después de la encarnación del Verbo podemos decir con verdad: «Dios se ha convertido como en uno de nosotros». Mira, pues, ¡oh hombre!, dice San Agustín, que «Dios se ha hecho hermano tuyo»: tu Dios se hizo como tú, hijo de Adán como tú, se vistió de tu misma carne, se sujetó a padecer y a morir como tú. Podía haberse revestido de naturaleza angelica, pero se quiso revestir de tu misma carne para satisfacer a Dios, si bien inocente, con la misma carne del pecador Adán. Y se gloriaba de esto, llamándose con frecuencia hijo del hombre, por lo que muy bien podemos llamarlo nuestro verdadero hermano. El abatimiento de un Dios hecho hombre es infinitamente mayor que si todos los príncipes de la tierra, todos los ángeles y santos del cielo y aun la misma Madre de Dios se hubiesen humillado hasta convertirse en una briznita de hierba, en un poco de abono; sí, porque la hierba y el abono, los príncipes, ángeles y santos son todas criaturas, en tanto que entre la criatura y Dios hay infinita diferencia.

«¡Ah!, observa San Bernardo, cuanto más se humilló Dios hasta hacerse hombre por nosotros, tanto más nos dio a conocer su bondad!» Y el amor que nos tiene Jesucristo, exclama el Apóstol, nos obliga y apre-

mia a amarlo. ¡Ah! Si no nos lo asegurase la fe, ¿quién pudiera nunca creer que un Dios, por amor a un gusanillo cual el hombre, se hubiese hecho también gusano? Si aconteciese alguna vez, dice un devoto autor, que al andar pisaseis descuidadamente un gusanillo y lo mataseis y, compadecidos después de él, oyeseis que se os decía: Si queréis volver la vida a ese gusanillo que matasteis, es preciso que os hagáis gusanillo como él, que os abran luego las venas y que con vuestra sangre se haga un baño donde el gusanillo sea sumergido para así recobrar la vida, ¿qué responderíais a esto? — Y a mí, ¿qué me importa — diríais seguramente — que el gusanillo resucite o deje de resucitar, si tengo que procurarle su vida con mi muerte? — Y con mayoría de razón lo diríais si el gusanillo en cuestión no fuese un gusano inocuo, sino, un ingrato reptil que, después de haberlo colmado de beneficios, hubiese atentado contra vuestra vida. Mas, si vuestro amor al ingrato áspid llegara a tanto que os hiciese sufrir la muerte por devolverle la vida, ¿qué dirían de ello los hombres? Y ¿qué no haría por vosotros aquella serpiente salvada con vuestra muerte si fuera capaz de razón? Pues esto es lo que hizo Jesucristo por ti, vilísimo gusanillo; y tú, ingrato, si Jesucristo hubiese podido morir de nuevo, con tus pecados habrías probado a quitarle la vida. ¡Cuánto más vil eres tú con respecto a Dios que lo que el gusano lo fuera respecto a ti! ¿Qué le importaba a Dios que quedases muerto o condenado en tu pecado, como lo merecías? Y, con todo, tan grande fue el amor que Dios te tuvo, que, para librarte de la muerte eterna, primero se hizo gusano como tú, y después, para salvarte, quiso derramar toda su sangre y padecer la muerte que tú merecías.

Sí, todo esto es de fe: *Y el Verbo se hizo carne* (Jn. 1, 4). *Al que nos ama y nos rescató de nuestros pecados con su sangre* (Ap. 1, 5). La santa Iglesia, al considerar la obra de la redención, se declara aterrada: «Consideraré tus obras y me aterraré». Ya antes había dicho el profeta: *¡Oh Yahveh!, he oído tu noticia (y) he temido... Sales para salvar a tu pueblo, a salvar a tu ungido* (Hab. 3, 2-13). Por lo que con razón llamó Santo Tomás al misterio de la encarnación *milagro de los milagros*, milagro incomprensible, con el que manifestó Dios el poder de su amor a los hombres, que Dios lo trocaba en hombre y de Creador en criatura. De Creador lo trueca en criatura, dice San Pedro Damiano; de Señor, en esclavo; de impasible, en sometido a penalidades y muerte. *Hizo ostentación de poder con su brazo* (Lc. 1, 51). Al oír cierto día San Pedro de Alcántara cantar el Evangelio de la tercera misa de Navidad: *En principio existía el Verbo*, etc., pensando en este excelso misterio, quedó tan inflamado de amor a Dios, que fue elevado en éxtasis un buen trecho por los aires hasta la presencia del Santísimo Sacramento. Y San Agustín decía que no se saciaba de considerar continuamente la grandeza de la divina bondad en la obra de la redención humana. De ahí que nuestro Señor mandara a este santo, por su devoción a este misterio, a esculpir en el corazón de Santa María Magdalena de Pazzi las palabras: *Y el Verbo se hizo carne* (Jn. 1, 14).

Quien ama, lo hace para ser amado; habiéndonos, pues, Dios amado tanto, no buscó sino nuestro amor, dice San Bernardo, por lo que después nos exhorta a cada uno de nosotros con estas palabras: «Te manifestó su amor para granjearse el tuyo». Hombre, cualquiera que seas, ¿viste el extraordinario amor que tuvo

Dios al hacerse hombre y padecer y morir por ti? ¿Cuándo verá Dios, por experiencia y con los hechos, el amor que le tienes? Sí, todos los hombres, al ver a un Dios revestido de carne, viviendo por ellos vida tan penosa y soportando muerte tan cruel, deberían inflamarse continuamente de amor hacia este Dios tan amante: *¡Ojalá desgarrase el cielo y bajases, de suerte que las montañas se tambaleasen ante ti, como cuando el fuego prende la leña (o) el fuego hace hervir el agua!* (Is. 64, 1). ¡Oh si os dignaseis, Dios mío, decía el profeta cuando aun no había venido a la tierra el Verbo divino, si os dignaseis dejar los cielos y bajar entre nosotros para haceros hombre! Al veros entonces los hombres, hecho como uno de ellos, *las montañas se tambalearían*, allanaríanse obstáculos y dificultades que hoy impiden la observancia de vuestras leyes y vuestros consejos. *Las aguas hervirán con el fuego*, y las llamas que encenderíais en los corazones de los hombres derretirían el hielo de las almas, acabando por inflamarlas en el fuego de vuestro amor. Y, en efecto, después de la encarnación del Hijo de Dios, ¡qué bello incendio de amor divino se ha visto arder en tantas almas amantes! Ciertamente que Dios ha sido más amado por los hombres, en sólo un siglo después que Jesucristo apareció en medio de nosotros, que lo fuera en todos los demás cuarenta siglos anteriores a su venida. ¡Qué de jóvenes, qué de nobles y qué de monarcas abandonaron riquezas, honores y hasta reinos para retirarse o al desierto o al claustro, para allí poder amar mejor, pobres y despreciados, a este su Salvador! ¡Cuántos mártires fueron, alegres y sonrientes, en busca de los tormentos y de la muerte! ¡Cuántas virgencitas rehusaron la mano de potentados para ir a morir por Jesucristo, gozosas de poder patentizar

esta prueba de correspondencia afectuosa al Dios que se dignó encarnarse y morir por su amor!

Sí, todo esto es cierto; mas vengamos ahora a lo que nos ha de hacer derramar lágrimas. ¿Obraron así todos los hombres? ¿Procuraron todos corresponder a este gran amor de Jesucristo? ¡Ah, que la mayoría le pagaron y le pagan con ingratitudes! Y tú mismo, querido hermano, dime, ¿cómo correspondiste al amor que Dios te manifestó? ¿Se lo agradeciste siempre? ¿Pensaste qué quiere significar que un Dios se haya hecho hombre y haya muerto por ti? Asistía cierto hombre a la santa misa, sin devoción alguna, como lo hacen tantos, y como no se arrodilló a las palabras finales del *Verbum caro factum est*, un demonio le dio un fuerte bofetón, diciéndole: Ingrato, oyes que un Dios se ha hecho hombre por ti, y ni siquiera te dignas inclinarte. ¡Ah!, si Dios, continuó, hubiese hecho eso por mí, no cesaría de darle gracias por toda la eternidad. Dime cristiano, ¿qué más podía haber hecho Jesús para conquistarse tu amor? Si el Hijo de Dios hubiera tenido que salvar de la muerte a su mismo Padre, ¿qué más podía haber hecho que humillarse hasta tomar carne humana y sacrificarse hasta la muerte por su salvación? Aun diré más: si Jesucristo hubiese sido mero hombre, y no ya persona divina, y hubiera querido con alguna prueba de afecto atraerse el amor de su Dios, ¿qué habría podido hacer más de lo que por ti hizo? Si un criado tuyo hubiese dado por tu amor sangre y vida, ¿no te encadenaría el corazón y te obligaría a amarlo, al menos por agradecimiento? Y ¿por qué Jesucristo, llegando hasta a dar la vida por ti, no ha podido hasta ahora conquistar tu amor?

¡Ay de mí!, que los hombres desprecian el amor divino porque no comprenden, mejor, porque no quie-

ren comprender cuán grande tesoro sea disfrutar de la divina gracia, la cual, en decir del Sabio, *tesoro inagotable es para los hombres, y los que se hacen con él, estrechan su amistad con Dios* (Sab. 7, 14). Se estima la gracia de un príncipe, de un prelado, de un noble, de un literato, de una señora de mundo, y la gracia de Dios es tenida en nada por algunos, pues que la renuncian por un poquito de humo, por un placer bestial, por un puñado de tierra, por un capricho, por una nonada. ¿Qué dices, querido hermano mío? ¿Aun querrás ser contado entre tales ingratos? Mira, si no quieres a Dios, exclama San Agustín, busca si puedes, otra cosa mejor que El. A ver si hallas príncipe más cortés, señor, hermano, amigo más amable y que te haya amado más que Dios. A ver si hallas uno que pueda, mejor que Dios, hacerte feliz en ésta y en la otra vida. Quien ama a Dios no tiene que temer mal alguno, pues que Dios no puede dejar de amar a quienes le aman: *Yo amo a quienes me aman* (Pv. 8, 17). Y quien es amado de Dios, ¿qué es lo que puede temer?: El Señor es mi luz y mi salud: ¿de quién he de temer? (Sal. 26, 1) Así decía David y así decían las hermanas de Lázaro al Señor: *Mira que el que amas está enfermo* (Jn. 11, 3). Bastábales saber que Jesucristo amaba a su hermano, para creer que les prestaría cualquier ayuda para su curación. Y, al contrario, ¿cómo podrá Dios amar a quien desprecia su amor? ¡Ah!, resolvámonos de una vez a amar a un Dios que tanto nos amó, y pidámosle siempre nos conceda el gran don de su santo amor. Decía San Francisco de Sales que esta gracia de amar a Dios es la gracia que debíamos desear y pedir sobre toda gracia, porque al alma le vienen todos los bienes con el amor divino: *Viniéronme los bienes a una todos con ella* (Sab. 7,

11). Por esto decía San Agustín: «Ama y haz lo que quieras». Quien ama a una persona rehuye disgustarla, y siempre anda buscando cómo complacerla. Y así, quien ama verdaderamente a Dios nada hace advertidamente que le desagrade, sino que se esfuerza cuanto puede por darle gusto.

Para obtener más presto y más seguramente este don del divino amor, recurramos a la primer amante de Dios, a su Madre María, que estuvo tan inflamada de amor divino, que los demonios, como se explica San Buenaventura, ni se atrevían siquiera a tentarla. Y añade Ricardo que hasta los propios serafines podían bajar del cielo para aprender en el corazón de María el modo de amar a Dios. Y como el corazón de María fue todo un volcán de amor a Dios, por esto, añade San Buenaventura, todos cuantos aman a esta divina Madre y a ella se acercan, se retiran encendidos en el mismo amor y tórnanse semejantes a ella.

Afectos y súplicas

¡Oh Fuego siempre ardiente, digamos con San Agustín, enciéndeme! ¡Oh Verbo encarnado!, os hicisteis hombre para encender en nuestros corazones el divino amor, y ¿cómo es posible que hayáis encontrado tanta ingratitud en los corazones de los hombres? Para haceros amar de ellos, nada perdonasteis, sino que llegasteis a dar sangre y vida, y ¿cómo son los hombres tan ingratos? ¿Acaso lo ignoran? Saben y creen que por ellos vinisteis del cielo a revestiros de carne humana y cargar con nuestras miserias; saben que por su amor vivisteis vida llena de penas y abrazasteis ignominiosa muerte; ¿cómo, pues, viven tan olvidados de vos? Aman a los parientes, a los amigos,

hasta a los animales, y si de cualquiera de ellos reciben una manifestación de afecto, luego procuran recompensarlo, y ¿sólo con vos están desprovistos de afecto y agradecimiento?

Mas, ¡ah!, que acusando a estos ingratos me acuso también a mí mismo, que os traté peor que ellos. Anímame, con todo, vuestra bondad, que tanto me ha sufrido para perdonarme y abrazarme en vuestro amor, con tal de que quiera arrepentirme y amaros. Sí, Dios mío, quiero arrepentirme y me duele con toda el alma haberos ofendido; os quiero amar con todo el corazón. Bien veo, Redentor mío, que mi corazón no merecería ser aceptado por vos, porque os abandonó por amor a las criaturas; y veo que, esto no obstante, aun lo queréis, por lo que os lo consagro y entrego con toda mi voluntad. Inflamadlo, pues, en vuestro santo amor y haced que de hoy en adelante no ame a nadie sino a vos, bondad infinita, digna de infinito amor. Os amo, Jesús mío; os amo, sumo bien; os amo, único amor de mi alma.

¡Oh María, Madre mía, Madre del Amor Hermoso!, alcanzadme la gracia de amar a mi Dios; de vos lo espero.

37. EL VERBO ETERNO, DE GRANDE SE HIZO PEQUEÑO

Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado
(Is. 11, 6).

Decía Platón que el amor es imán del amor. De ahí el proverbio citado por San Juan Crisóstomo: Si quie-

res ser amado, ama, porque no hay medio más fuerte para atraerse el afecto de una persona que amarla y darle a conocer que es amada. Pero, Jesús mío, esta regla, este proverbio serán verdaderos, pero para los demás, para todos, excepto para vos. Con todos son agradecidos los hombres, fuera de vos, que ya no sabéis qué más hacer para demostrarles el amor que les tenéis y que todo lo agotasteis para haceros amar de ellos; y, con todo, ¡cuán pocos son los que os aman! ¡Oh Dios, la mayoría, o por mejor decir, casi todos, ni os aman ni desean amaros y hasta llegan a ofenderos y despreciaros.

¿Queremos también nosotros ser contados en el número de tales ingratos? ¡No!, pues no se lo merece este Dios tan bueno y tan amante de nosotros, que, siendo *grande* y de infinita grandeza, quiso hacerse *pequeñito* para ser amado. Pidamos a Jesús y a María que nos iluminen.

I

Para comprender cuán grande sea el amor divino hacia los hombres, al hacerse hombre, y niño pequeño por nuestro amor, sería preciso comprender la grandeza de Dios. Pero ¿qué entendimiento humano o angélico podrá comprenderla, si es infinita? Dice San Ambrosio que afirmar de Dios que es mayor que los cielos, que los reyes, que los santos, que todos los ángeles, equivale a injuriar a Dios, como sería una injuria decir que es mayor que una hierbecilla o que un mosquito. Dios es la misma grandeza, y toda otra grandeza no es más que mínima partecica de la grandeza divina. Considerando David esta grandeza y viendo que no podía ni podría nunca llegar a comprender-